

— ¡Gracias! señor, ¡gracias! le contesté, ya veremos cómo se van disponiendo las cosas, y por lo pronto quiero que mañana mismo entregue vd. á D. Luciano las estancias, pues teniendo yo posibilidad, no permito que siga haciendo más el triste papel de dependiente, ni menos en esta hacienda. — Pero, José, yo no quiero serte gravoso ni estar de ocioso. — No, señor, no hay necesidad de que vd. trabaje; siempre ha estado vd. empeñado en darme gusto, y hoy quiero que no dependa de ninguno, que se dedique á ser fiel custodio de su hija; ya tiene esta obligación que á nadie le puedo encomendar. — Pues si así lo dispones, que sea en buen hora, le entregaré temprano á D. Luciano las estancias y mudaré tus mulas y demás trastes para el rancho de mi compadre Serapio. — Corriente, y con su bendición, señor padre, voy á dormir, y vd. haga otro tanto. Le besé la mano y apagué la vela.

CAPÍTULO X

El nombramiento. — La declaración. — Justicia divina. — Hipertrófia. — Triste desengaño. — Protesta de amistad.

Al otro día temprano me instalé en la cama de Clarita después de desayunarme bien, de modo que cuando el facultativo vino me halló en el mismo sitio muy aliviado; me prohibió que me levantara, me dejó recetadas una friega y una bebida y ordenada una rigurosa dieta; ponderando su acierto y eficaz asistencia porque mi gravedad fué extrema, y me sacó con su ciencia de las garras de la muerte cuando ya tocaba los bordes del sepulcro. Acallé su charlatanismo con darle una onza, le ofrecí mandarle noticia por escrito del estado de mi salud para que no fuera necesaria otra visita. — Ya por ahora, amigo mío, continuó, cumplí como facultativo; ahora como encargado, pongo en sus manos estas comunicaciones del Sr. juez de Letras, que habiéndome llamado á su juzgado para reconocer unos polvitos que obran en la causa del asunto de anoche, los cuales son de verdadero arsénico según lo he jurado; me dió este encargo pidiéndome de palabra que, vienes abiertas porque soy persona de confianza, que interponga vd. su influjo para con su señor padre á fin de que no se excuse del encargo que judicialmente se le confiere, ayudándole á formar unos exactos inventarios de cuanto se conoce perteneciente á la testamentaria del finado D... padre de la señorita esposa de vd. y que mañana ó pasado pasará por aquí á tomarle declaración. Conque ya también cumplí con esa encomienda, y me resta sólo ofrecerme á las órdenes de vds., etc., y se despidió.

Abrió las comunicaciones, una era para mi padre, nombrándolo depositario de la hacienda y demás bienes de la testamentaria, previniéndole que se procediera desde luego á formar un

minucioso inventario con presencia del alcalde auxiliar inmediato, á quien mandé con tío Marcelino llamar inmediatamente, y que ínter se arreglaban los asuntos se le pasaran á mi esposa doscientos pesos mensuales para alimentos, dejando á su voluntad el habitar en la hacienda ú ocupar las fincas de la ciudad para su residencia, y usar de todo cuanto necesitara, facultando al depositario para la remoción, quita, ó aumento de dependientes que no le merecieran entera confianza, pues el juzgado le hacia único responsable.

La otra comunicación era para D. Luciano el administrador, mandándole que pusiera todos los bienes de manifiesto para la formación de los inventarios, que quedaba bajo las inmediatas órdenes del depositario con quien se entendería en todo, si acaso le convenia dejarlo en su colocación. A poco rato llegaron los dos, después de saludarnos me dijo mi padre : — Ya le acabé de entregar á este señor las estancias : sólo nos falta que tanto tú como yo, le demos las debidas gracias por la consideración y confianza que me ha dispensado. — Déjese de esos cumplimientos, tío Casimiro, contestó; me dijeron que era hombre de bien y por eso lo coloqué; estoy satisfecho de su buena conducta, y siento que me deje; ahora, volviendo á otra cosa : ¿ qué piensa vd. hacer, amigo D. Pepe? yo quisiera que sin que crea que lo echo de la casa, procure cuanto antes ausentarse; los amos están presos, á vd. y á esa niña los consideran como sus enemigos, y no me parece conveniente que mientras ellos están en el limitado círculo de un asqueroso calabozo, vdes. estén á sus holguras en su casa, yo que le como el pan, creo que debo tomar en este asunto algún interés por su causa, yo siento en el alma proceder así, pero las circunstancias me ponen en el fuerte compromiso de no consentir que aquí permanezcan por más tiempo y...

— Voy á quitarle esa tentación, á consolarlo, le contesté, y comencé á ponerme la chaqueta. — No se precipite, D. Pepe, hace mucho sol; hoy se irá á la tarde, está medio convaleciente y... — Vea vd. esa comunicación, D. Luciano, dije con menosprecio y como por equívoco le di la de mi padre; la leyó lleno de sorpresa y cuando acabó le pregunté : ¿ Cómo dice ahí abajo? — Sr. D. Casimiro López. — ¡ Ah! entonces no es la de

vd.; pero le servirá haberla leído para que vea que al tratarse de mi padre le cambie para en lo sucesivo el Tío por el D. porque ese apodo sonará mal al Sr. depositario. Ahora, impóngase de esta otra. Un color se le iba y otro le venía, así que acabó dijo con semblante compungido y abochornado de su ligereza : — Perdóneme vd., D. Pepe; ignoraba esta superior disposición, obraba sin esperar semejante variación en un momento. Sr. D. Casimiro López, estoy á sus órdenes, y vd. mande lo que guste.

Entretanto esto pasaba, llegó el auxiliar y otros dos que iban á servir de testigos; mi padre acabó de leer su nombramiento, y aunque lo vi con ánimo de no admitirlo, una mirada significativa y otra suplicante de mi esposa lo hicieron aceptar, y dijo :

— Por ahora, D. Luciano, mande que arrimen el ganado manso, al escribiente que tenga listas las copias de libretas; el mayordomo sus herramientas; el trojero sus aperos, y cada cual lo que tiene á su cargo pues ya vió que las órdenes son ejecutivas, y es necesario cumplir cada uno con su deber.

Se retiró aquel hombre, dando pasos largos como si pisara lana, tal fué su sorpresa y la energía con que mi padre le dió sus órdenes. Al tercer día, quedó terminado el inventario, y al cuarto, en la capilla de la hacienda ratificado con todos sus requisitos mi casamiento. Cuando vió D. Luciano que con solo mi padre era suficiente para el manejo de la hacienda procuró separarse. El amo y su adorada consorte continuaron algún tiempo incomunicados, y la declaración de mi esposa que vino el juez á tomarle fué la siguiente, que expresó bajo el juramento, etc. :

— En el mes de Marzo del año de... falleció mi papá de un violento ataque que le impidió desde luego el uso de la palabra, de modo que no pudo decir la causa de su mal, lo que sentía, ni disponer de sus cosas. En esa vez contaba yo cinco años cumplidos, y á pesar de mi corta edad, aún recuerdo el accidente.

El dependiente que estaba en esta hacienda de mayordomo, al verlo mi mamá tan sumiso, obediente y servicial, le encomendó el manejo general de los intereses. Supo ese bribón

ganarse la confianza, luego la voluntad, hasta que por fin logró quedarse con todo; pues casándose con mi mamá, de un infeliz sirviente pasó á figurar como único amo.

Apenas había pasado un corto tiempo, cuando fué descubriendo su verdadera condición, pues de manso cordero, se convirtió en sangriento lobo; fué el más déspota tirano, siempre estaba de mal humor, por cualquier cosa armaba pendencia y nos hacía pasar una vida infernal, excepto á Rufina mi pilmama que trataba con alguna condescendencia, y ella engreída por esto, casi diariamente provocaba la discordia, hasta el extremo de que olvidándose de los muchos favores que le debía á mi mamá, pues la recogió huérfana y desvalida, en la mayor miseria, llegó vez en que ensoberbecida alzó la mano para su bienhechora, mi padrastró le dió la concedida; se hicieron á una, la cosa se incendió dando por resultado el que encarnizados todos, fuera mi mamá la víctima, pues recibiendo muchos golpes y patadas en el pecho, quedó tirada en el suelo medio muerta; yo que presenciaba aquella escena, naturalmente procuré defender á mi mamá, pero mis esfuerzos sólo se redujeron á aturdir con mis chillidos y ver cómo conseguía ofender á mi padrastró; en un descuido pude abarcarle una pierna y darle en ella una buena mordida, él al sentirse agraviado, me dió un fuerte gazonatón que me aventó á gran distancia donde caí bañada en mi sangre; no por eso me acobardé, sino que antes bien con más entusiasmo me volví apresurada á ver si podía darle más mordidas. Entonces le dijo á Rufina: — Llévate á esa muchacha y degüéllala en la azotehuela, en el matadero. Ella me afianzó, me enredó mi rebocito en la cabeza y cargó conmigo para afuera.

Al pasar por la cocina estuvo afilando el cuchillo contra el metate; yo creí que era el último instante de mi vida, la falta de respiración y el susto tan grande que me dió, me causaron un trastorno general; me zumbaban los oídos, la vista se me nubló, un nudo que sentía en la garganta y una opresión grandísima en el pecho fué el preludio de que me quedara privada de sentidos. Debí seguramente estar así algunas horas, pues ya de noche volví en mí, me encontré en mi cama, apestando á vinagre y untada de bálsamos. Me traté de parar y no pude más

que darme un golpe contra la silla más inmediata, al ruido entró mi padrastró, me alzó, y con tono muy áspero y serio me dijo á tiempo que también llegaba Rufina: — Mira, Clara, que si ésta te degüella en la azotehuela como á los borregos que allí matan para el gasto: ya lo sabes, Rufina, amuela el cuchillo y tenlo prevenido. Yo tímida y acobardada les ofrecí callar pues todavía no me salía el susto, y creía que eran muy capaces de cumplir sus amenazas; hasta el otro día conseguí ver á mi mamá que no habiendo recibido ningún golpe en la cara sólo la tenía encendida por la calentura, apenas podía hablar porque la tos continua no la dejaba. Como todo lo acontecido sólo pasó entre nosotros, ninguno supo la verdadera causa, Rufina empezó á esparcir la voz de que mi mamá tenía pulmonía, fué siguiendo con más fuerza su gravedad y porque en la hacienda no había recursos, se la llevaron en una criba cargándola cuatro peones para el pueblo, y Rufina fué á asistirle dejándome á mi encargada con la molendera, quien mirando que á fuerza quería irme, también me encerró en una pieza y se fué á sus quehaceres. Al tercer día llegó un criado diciendo que mi mamá estaba mejor, y que decía Rufina que sin falta le remitiera el remedio. Mi padrastró le mandó al mozo remudar caballo, y se puso á escribir esa carta que ha leído vd. primero, Sr. juez, en la cual metió un bultito con ocho papelitos, la cerró y pegó perfectamente con lacre; cuando el criado volvió me mandó á la cocina á que le dieran un bocadito, al estar éste almorzando entró mi padrastró y le dijo: — Luego que acabes, te vas muy pronto mas que revientes al caballo, porque este medicamento precisa mucho; envuelve bien esta carta, no la vayas á perder. Se la dió y fué á ver á unas personas que lo buscaban. Yo misma le ayudé al mozo á envolverla, y por estarla magullando llevada de la curiosidad, se ensució de chile el sobrescrito, y esa es la mancha roja que se nota; como creía que sería un remedio eficaz, violenté al criado; al verlo partir decía llena de candor: — ¡Animas, que llegue pronto este hombre! y con el aliento quería transportarlo al pueblo en un instante, tanta era la fe que tenía yo en el remedio con el que suponía que mi mamá sanaba. Al otro día temprano llegó el criado con un papel de Rufina, mi pa-

drastro por lo pronto se demudó, luego, poniendo un semblante más alegre se puso á contestarle. Como yo desde que se llevaron á mi mamá, todo el día lo molestaba con que me llevaran con ella, redoblé mi llanto, tanto lo molí con « yo quiero ver á mi mamá, que me lleven con mi mamá, y torna y vuelve mi mamá », que ya al instante de irse el criado lo llamó mi padraastro, lo hizo echarse á las ancas y con mucha cólera me alzó de la cintura y me dió un fuerte sentón en la silla, diciéndome : — ¡ Váyase con mil demonios á moler á su madre ! Presta esa carta, le dijo al criado. La hizo pedazos y se metió á escribir otra : la segunda que leyó vd., la cual por no ensuciarla el criado me la dió á que yo la llevara y por un olvido me quedé con ella en el seno y no la entregué á Rufina. Cuando llegamos á la casa, sólo me apeó el criado y se fué violentamente con otra razón de Rufina; me estuvo entreteniéndome con que no podía entrar porque mi mamá estaba recogida, y que había pasado mala noche, se entretuvo con otras rancheras de la hacienda almorzando y haciendo jácara; aprovechando su descuido me metí para la recámara violentamente, estaba todo obscuro, y deslumbrada nada percibía; á tientas dí con la cama, y frenética me arrojé sobre mi mamá.

No sé qué pavor me cogió al juntar mi rostro contra el suyo, y sentirlo frío y tieso; la tentaba, le gritaba, y en vano esperé que me respondiera. No satisfecha aún, quise verla por mis propios ojos, me fui á la ventana, abrí completamente una hoja y me pareció percibir un movimiento de sus párpados; comencé á voltear por todos lados, y noté sobre una rinconera entre otros papeles la carta manchada de chile, la abrí y me encontré en ella los papelitos, vi otros varios esparcidos por allí, y no dudando que sería el eficaz remedio susodicho, ansiosa me dirigí con ellos á la cama para echárselos por la boca, pero me quedé petrificada cuando al acercarme advertí que las moscas le estaban entrando y saliendo, maquiñalmente los envolví en la misma carta, me los metí en el seno y echándome sobre el cadáver yerto y frío de mi madre comencé á dar furiosos gritos; al oírlos ocurrieron todos, y tomándome Rufina de un brazo, me decía : — No la despiertes, no la despiertes, mujer. Yo no pude hablar una palabra, una opresión grandí-

sima en el pecho me impedía hasta el poder respirar y me quedé sobre la cama sin movimiento, oyendo y viendo todo, pero tan débil que no podía moverme. Me pusieron en un colchón que estaba tendido en el suelo enfrente de la cama y quedé como una muerta, sin menearme; entonces Rufina mandó salir á las otras con distintos pretextos, juntó precipitada todos los papeles de la rinconera y los que andaban esparcidos por el suelo, hizo un montón de ellos á los pies de la cama y les prendió fuego con unos de ellos que encendió en la lamparita agitándolos á que prendieran pronto, luego vació la botella de la bebida en la bacínica, revisaba una cuchara de plata con sorpresa y la restregaba contra los ladrillos, sin dejar de estar amontonando los últimos restos de los papeles. Entró una de las que la acompañaban y ocultó precipitada la cuchara. — ¿Qué está vd. haciendo por Dios? le dijo la recién llegada, está esto negro de humo. — Quemé unos papeles para renovar el aire, porque la pobre difuntita apesta mucho.

— Pues abra vd. la vidriera, niña, si no nos ahogamos; que entre el viento. — Es verdad, no lo había advertido... yo no sé lo que hago, estoy atontada, la pesadumbre me tiene embargados los sentidos, y como me ha cogido de sorpresa esta desgracia tan inesperada, parece que se me quiere salir el corazón por la boca. ¡Ay! ¡Jesús de mi alma! ¿qué es lo que ha sucedido? Y comenzó á lanzar gritos y aullidos fingiendo un terrible llanto, enmarañándose la cabeza, hasta que entraron las otras mujeres acompañadas de varias vecinas del pueblo : entre todas casi á fuerza la sacaron de aquel sitio que le causaba tanto pesar, sin que ninguna se acordara de mí, lo cual me complacia, porque creyéndome privada no les infundí sospecha alguna. Poco á poco fui consiguiendo respirar con más franqueza, y ya estaba casi repuesta de aquel ataque, cuando llegó mi padraastro con varios amigos suyos, también armó bastante escándalo; quería matarse con una pistola, la que con dificultad le quitaron de la mano; bramaba como un toro, se mecía de los cabellos y no quería separarse de la mitad de su alma, según decía. Por fin, á fuerza de súplicas y de persuasiones lo sacaron para la pieza inmediata y trataron de llevárselo para otra casa : después de mil empeños accedió previa la condición

de que le permitieran siquiera ver por la última vez el cadáver de su tierna esposa, de su adorada mujer. Entró con Rufina, cerró la puerta, se dirigió hacia donde yo estaba escuchando todo, y le preguntó :

— ¿Qué tiene esta muchacha? — Se desmayó como el otro día en cuanto vió muerta á su madre. — ¿A qué hora expiró? — Como á las tres de la mañana. — ¿Y no hizo muchos extremos ni se resistió? — ¡Qué no! mire vd. cómo todavía tengo señalados sus dedos; se puso hecha una fiera, no quería seguir tomando la bebida, y para que no fuera á perderse la ocasión, le vacié otros tres papelitos, me le subí encima y á fuerza de fuerzas, le hice pasar tres ó cuatro tragos tapándole las narices. La lucha duró más de media hora, y si no le amarro las manos, quién sabe cómo hubiera yo salido, porque tenía fuerzas y se defendió bastante. — ¿Y qué hiciste con los demás papelitos y con mis cartas? — Ya ardieron. — Pero ¿estás satisfecha de haberlos quemado? — Vea vd. las cenizas; ya fregué los trastes, la cuchara con que revolví los polvos, mirando que no se le querían quitar unas manchas negras que tenía, la he fundido en la hornilla : no tenga vd. cuidado, todo lo he previsto, no crea que soy tonta. — Sin embargo, procura que nadie sospeche nada; muéstrate muy apesadumbrada, que yo voy á hacer otro tanto, no vaya á hacer el diablo que nos coman el trigo. — ¡Pobre de la persona que yo sepa que ha traslucido cualquiera cosa! dijo ella, porque no faltarán más polvitos con que envenenarla. — O un puñal con que despacharla pronto, replicó mi padrastro; ya en el burro, pocos son los doscientos : ¿estás ahora contenta, Rufina? — ¡Sí! respondió ésta arrojándose en los brazos de su cómplice, ¡seré tuya hasta la muerte!

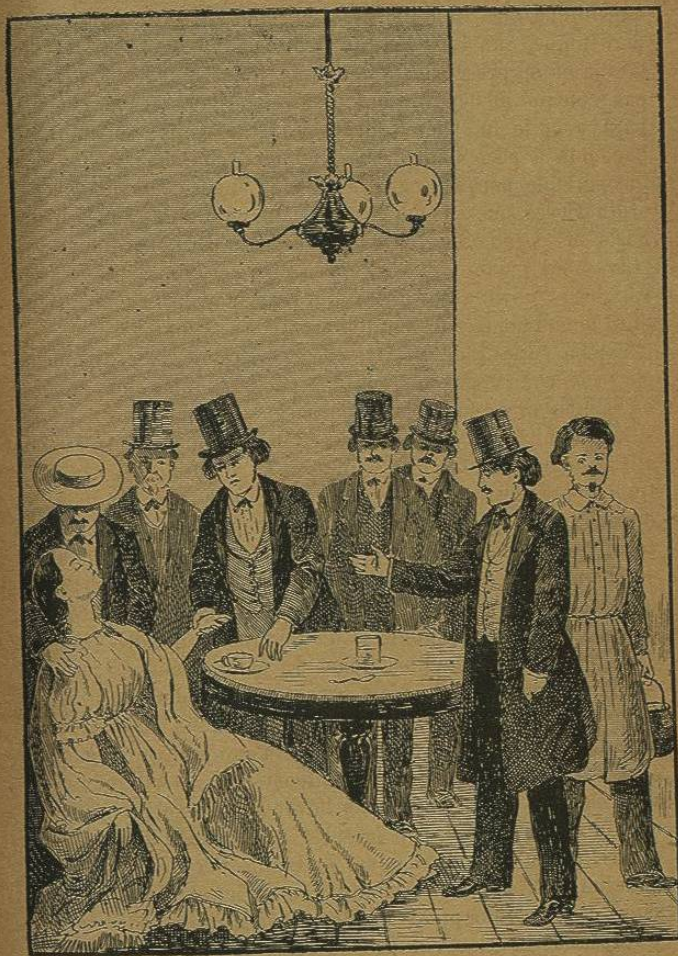
Mi padrastro correspondió á las caricias de Rufina, diciendo después en voz alta y compungida : — En cuanto vuelva mi hija en sí, que me la lleven. Se puso el pañuelo en la cara como recogiendo sus lágrimas, y salió para afuera : uno de sus amigos lo tomó de un brazo y seguido de los demás, se lo llevó para su casa. Rufina continuó haciendo alharaca con sus aclamaciones y llanto, que renovaba luego que llegaba alguna nueva persona, yo tuve la necesidad de demostrarme aliviada, pues aunque estaba muy hallada con estar siquiera en la pieza

con el cuerpo de mi madre, era imposible sufrir á aquella mujer que hasta del cadáver se burlaba hipócritamente; cerca de la oración, me llevaron muy tapada con mi padrastro, allí si pude con desahogo dar expansión á mi llanto, y meditar en cuanto había visto y oído, no quedándome duda que mi mamá había sido víctima de mi padrastro y mi pilmama, que los cuatro papelitos que tenía en mi seno, eran el resto de los que esa pérfida empleó para matarla; muy presentes tenía sus amenazas, envenenar ó asesinar á la persona que les infundiera alguna sospecha, y temerosa de que me fueran á encontrar aquellos papeles que suponían quemados, me fuí á la cocina con el fin de hacer lo mismo, pero la gente que allí había, me hizo cambiar de designio, me ocurrió echarlos al común pero estaban muy bajitos y derramaban para el corral, por fin, no tuve más que hacer por entonces que acomodarlos perfectamente en mi cenidorcito, de manera que no hicieran mucho bulto, reservándolos para destruirlos en ocasión más oportuna; el domingo fué el entierro, y el lunes caminamos para la hacienda; allí la curiosidad de saber qué decían las cartas de mi padrastro, me hizo esconderlas envueltas en un trapo, en la juntura de unos adobes de la cerca de la huerta, cubriendo el frente con unos rejoneitos de ladrillo, y empecé con mucho empeño á tratar de saber leer en carta; cuando tuve oportunidad de hacerlo, fué hasta el año, y al siguiente, le puse á la carta la nota que tiene al calce, con la esperanza de que algún día podría presentar aquellos documentos á la justicia. Desde que mi mamá faltó, comenzaron mis padecimientos físicos, pues Rufina descaradamente se constituyó luego luego en ama de la casa, hasta el extremo de obligarme á manazos á servirle de criada, comenzó á tener criaturas y más se aumentaron mis padecimientos, pues tenía que andarlas cargando limpiando y hasta lavar los pañales, siendo la que sufría toda la cólera de esa malvada por cualquiera cosa que aconteciera, porque lloraban, porque no se les daba gusto en sus antojos, en fin, ya no era posible sufrir tanto malestar, jamás fui dueña de un juguete, de un rato de distracción, ni de estrenar un trapo, pues constituida en criada de mi criada, me molestaba de día y de noche.

Inventó mi padrastro irse á la ciudad á establecer un co-

mercio, huyendo al mismo tiempo de la epidemia; y mirando que Rufina hizo unas bolsitas de reliquias con estampitas de San Roque, San Luis Beltrán y otros Santos, yo también hice la mía en su presencia, y ocultamente, en lugar de las estampas, coloqué mi depósito que diez años estuvo escondido en la barda; no le fué bien con su proyecto, y nos volvimos á la hacienda á poco tiempo, haciéndome cada día la vida más insoportable porque á gracia tenía la madre las maldades y ordinariesces que sus hijas cometían conmigo á cada instante, hasta el extremo de que mi padrastro dijo regañándolas: — ¡Caramba! ¡cómo molestan á esta niña! es capaz que la vuelvan loca: déjenla descansar, no sean majaderas. Un instante duró la enmienda pues continuaron con sus manias.

Estaba yo lavando un día, y la más grande de esas muchachas me arrancó del cuello mi bolsita de reliquias empuñándose en romperla; yo que sola sabía lo que contenía, me paré resuelta á quitársela, y arrancó á refugiarse con la madre, siguió allí la lucha y viendo que ya mero se la quitaba, se la dió á Rufina para que la abriera suponiendo que allí guardaba yo otra cosa; ella por darle gusto, y más que todo, por mortificarme, tomó las tijeras para descoserla, yo me quedé fría al ver en sus manos aquel depósito y para evitar el que lo viera, en un descuido le arrebaté la bolsita enérgicamente; se paró llena de ira á querérmela quitar, se me amontonaron todas y mirándome perdida si sucumbía, tomé un palo no muy grueso que servía de tranca, y me arrojé sobre ellas dando trancazos por todos lados, á los dos ó tres que le di á Rufina cayó al suelo descalabrada y las hijas asustadas huyeron de mí; entonces conocí lo comprometido de mi situación, y no hallando cómo salir bien del lance, me ocurrió llevar adelante el pronóstico de mi padrastro, y tomé por pretexto que, habiéndome quitado mis reliquias, me quería llevar el Diablo porque no las tenía; todo fué obra de un momento y para hacer bien mi papel, seguí para las otras piezas dando de gritos, rompiendo vidrieras y golpeando puertas, sin dejar de repetir: — ¡Que me lleva el Diablo! ¡que me lleva el Diablo! ¡Mis reliquias! ¡mis reliquias que me han robado! ¡denme mis reliquias! y á cuantos encontraba arremetía furiosa; así me abrí pasó hasta llegar al



¡Jesús, Pepe, que me ahogo!...

despacho y escondiéndome tras de mi padrastro seguía repitiendo mis gritos más sobresaltada, sin contestar á ninguna de las multiplicadas preguntas que me hacía, demostrando en todas mis acciones un completo delirio; él se paró muy asustado tratando de sosegar-me; cuando entró Rufina muy ensangrentada y sus hijas apaleadas quejándose de mi atrevimiento, enseñando una su rotura y las demás sus contusiones, yo me apreté fuertemente de una pierna de mi padrastro implorando su socorro, figurándome que en ellas miraba al Diablo; compadeciéndome en lugar de enojarse contra mí al decirle Rufina: — Mira cómo nos ha puesto esa indina. — Me alegro, contestó lleno de cólera, eso y mucho más se merecen; hasta que se salieron con la suya, esta criatura está loca, lárguense de aquí antes que les asegunde: ya no tengo paciencia para sufrirlas. Y buscaba algo con que festejarles. Yo proseguí con mi exigencia de que me dieran mis reliquias porque si no me llevaba el Diablo.

— ¿Qué reliquias son ésas? me preguntó. — Las que me arrancó Chole del cuello; vea vd. el pedazo de cordón, Rufina las tiene, ella me las ha escondido; á fuerza quiere que me lleve el Diablo. Y proseguía en mis gritos.

— Voy á traerlas, espérame aquí. — No me deje vd. sola, no me deje vd. sola. — Pues ven conmigo. — No, allá tiene Rufina al Diablo. Y me resistía á salir. — Entonces enciértrate por dentro mientras vuelvo, voy á traerte tus reliquias. — Pero no se dilate mucho, vaya, vaya vd. pronto.

Luego que salió cerré la puerta por dentro, me fui á la ventana y desde allí estuve espiando lo que hacía, teniendo en la mano izquierda, muy bien asegurados mis documentos; á todos regañó, suponían que en mi arrebato las había tirado, buscaron por todas partes y ya trataba hasta de pegarles también, cuando Rufina por quitárselo de encima, le dió la suya que estaba hecha en igual género, en mejor estado, y era más grandecita. Me la llevó, la desconocí exigiendo la mía, y me dijo que mientras parecía, me pusiera aquélla que también tenía reliquias. Empecé á dudar de las que contenía, y para aquietarme la descosió, tendió en la mesa todas las estampitas y después de que las revisé y doblé, le pedí una aguja con seda morada para

coserla yo misma; mientras fué por ella acomodé la mía dentro del forro, me eché al seno las estampas y en cuanto volvió la cosí perfectamente en su presencia, me la colgué al cuello, llegó la hora de comer y no quise ir á la cocina á servirles la comida, y en cuanto alguna de ellas se me presentaba, seguía pegando de gritos procurando encerrarme; esto dió origen á que les prohibiera á todas mi padrastra el que se metieran conmigo; me pusieron mi cama en esta pieza que tiene entrada para el jardín y estaba independiente, allí me estaba encerrada continuamente, los primeros días mi padrastra solo me traía la comida, después una criada, y poco á poco me fui domesticando, porque oí que Rufina no dejaba de estar cada instante exigiendo que me encerraran en la casa de locas; para no entrar en polémicas, me fingí insensata haciéndoles creer que nada comprendía, y cuanto ocurría se lo achacaba yo al Diablo; en más de cinco años no les merezco ni un par de zapatos, mi ropa ha ido acabando por su propia virtud, cargada de remiendos de todas clases y colores, y yo sirviendo diariamente de diversión á todas, he sido la mofa y el escarnio, prefiriendo esto á la vida que antes tenía, todo mi afán y verdadero delirio ha sido ver cómo conseguía que ese infame delito no se quedara impune: pero el aislamiento en que antes he estado y últimamente haciendo el papel de insensata, me dificultaba más y más hallar una persona que me inspirara confianza; alguna vez pensé valerme de Mareelino, único que existe de los antiguos sirvientes de mi padre, pero suponía que no teniendo el hombre representación alguna, tal vez no se haría mérito de su demanda y lo exponía en vano; yo misma hacerlo, tampoco era fácil; ¿qué crédito podían dar á una loca sin apoyo, á una pobre huérfana abandonada y menospreciada de todos? Muchas veces me lamentaba á grito partido de esto mismo, y no tenía más consuelo que arrodillarme delante de esa imagen, y pedirle que me patrocinara, que Dios escuchara mis cotidianas súplicas dirigidas en fervientes oraciones. Por fin, quiso su Divina Majestad oírme y fué providenciando los sucesos al término feliz que han tenido. Este hombre comprendió en mis miradas mi situación, nuestros corazones se entendieron y puedo decir que desde ese instante comencé á

vivir; yo pensaba encomendarlo de llevar á cabo mi pensamiento, tuve la otra noche un momento muy amargo, y si no hubiera sido por las provocaciones de esa gente que pedían justicia, y del riesgo que corría mi esposo si tomaba parte en este asunto que iba incendiándose por momentos; no tengo valor para aclarar yo misma esas cosas, consideraba la desgracia que iba á caer sobre aquellos criminales, á su pobre familia, el bochorno tan grande y su descrédito en presencia de tanta gente y me compadecía hasta lo infinito, pero escuchaba sus insultos y pareciéndome que oía la voz de mi madre que me decía desde el fondo de su sepulcro: — «Ahora es tiempo, Clara, de que hables, y de que mi asesinato no quede oculto». me resolví recordando el informe de esa malvada, que amarrándole á mi madre las manos le hizo pasar cuatro ó cinco tragos de la bebida envenenada, por esta razón hice tanta demostración contradictoria. Mi cabeza era un laberinto de encontrados pensamientos, hasta que decidida, puse en sus manos, Sr. juez, esas pruebas irrecusables del delito, y quité á mi corazón un peso de más de quince años que diariamente me atormentó; esta es la verdad que bajo el juramento que se me exigió, declaro; vd. sabrá si con ella es suficiente para la confirmación del hecho, y ahora, por lo que á mí me corresponde como agraviada, nada pido contra los reos, les perdono con todo mi corazón, y si fueren de algún valor mis lágrimas, con ellas, Sr. juez, derramándolas en su presencia le pido que los mire con consideración, que los indulte ó cuando menos alivie sus penas, que esa familia no quede en la indigencia, que de mis propios bienes le señale lo que le parezca, ó todos si gusta, pues yo á lado de mi esposo de nada necesito. En fin, Sr. juez, imploro su clemencia y me bajo de querrela.

El juez hizo firmar la declaración, la rectificación de la nota de la carta, y dándole algunas esperanzas consoladoras se despidió. Después de haber registrado los papeles del escritorio en donde se encontraron varios documentos que agravaban su causa, relativos á asuntos de política y á una empresa que tenía con otros que trabajaban moneda falsa, en el ropero de la vieja también hallaron más arsénico y otros venenos de distinta especie; por lo pronto, á instancias de Clarita, se le mandó á la

familia todos los muebles, ropa, y demás chácharas y cada semana se les daban diez pesos para su gasto.

D. Luciano, por empeño mío, continuó en la administración de la hacienda y yo me fui con mi esposa á pasar unos días á Querétaro. Sin embargo de la nueva vida á que pasó Clarita, de que me empeñaba en pasearla y tenerla contenta, notaba en ella cierta tristeza y malestar, teniendo siempre presentes á aquellos malvados, y cuando estaba sola, exclamaba llena de compasión ó con el llanto asomando á sus ojos: — ¡Infelices! yo les perdono con toda mi alma. ¡Jesús los favorezca! ¡Dios tenga misericordia de ellos! y otras mil cosas por el estilo. Por fin, para ver si conseguía distraerla y quitarle sus tétricos pensamientos, me la llevé á México, nos alojamos en la casa de un amigo y nos dedicamos á pasear; le compré buena y harta ropa y alhajitas, nos abonamos al teatro, la llevaba á los toros, cirios, maromas y títeres, funciones de iglesia, paseos y cuanto se proporcionaba. Ella empezó á tener buena apetencia, buen semblante y se comenzó á reponer, por lo que yo estaba contentísimo figurándome mil halagüeñas esperanzas para un porvenir dichoso. Mas está decretado que no tenga un día de gusto, una fatal ocurrencia ha amargado para siempre todas mis ilusiones, en un instante un crudísimo desengaño empañó de una vez la brillante luz que me había parecido entrever para lo futuro, dejándome en un caos de tormentos que sólo acabarán con mi existencia.

— Explicáte, hermano, replicó Astucia lleno de inquietud, pues yo no creo que sean tus males tan graves que los juzgues por irremediables.

— Vas á saberlos. Y limpiándose los ojos con su pañito recogió un par de furtivas lágrimas que sin poderlo evitar se le escaparon al recordar su desgracia. Ya prosigo, dijo: Estábamos una noche en el Progreso tomando nieve, y en otra mesa contigua estaba un caballero con otros dos ó cuatro leyendo el periódico en voz alta, después de la crónica y otras partes del impreso, dijo: — Querétaro. — Á ver qué nos cuenta de por allá, preguntó uno de los oyentes. El lector continuó: — «Tomamos de un periódico de aquel departamento lo siguiente: Caso horroroso. Estando para ejecutarse la sentencia de última pena en

un hombre, y reclusión perpetua en su cómplice, una mujer que ha juzgado el juez de letras del partido de... con la eficacia que le es característica, habiendo perdido los reos toda esperanza al hacérseles saber la confirmación de su sentencia, á un tiempo les pareció ocurrir al último término, la fuga.

«El reo principal en todo el tiempo de su prisión, estuvo horadando por un rincón de la pared y ya le faltaba poco para conseguir su intento, su cómplice meditó la más extraña resolución, casi á un tiempo el uno acabó su escalación y ella reuniendo los combustibles que pudo, una silla, su ropa, cama, etc., les prendió fuego con unas pajuclas y se arrimó á la puerta para que luego que se alarmaran con el incendio la abrieran y entre las llamas escaparse aprovechándose de la confusión; por su desgracia, su proyecto fracasó, porque sus custodios antes de ocurrir á ese calabozo fueron al otro, y mirando que se había escapado el reo, salieron presurosos en su busca sin llamarles la atención los gritos y exclamaciones de la mujer, que en vano se desgañitaba pidiendo socorro y afianzada de las rejas de una ventana, por donde se percibía su semblante cadavérico entre un torbellino de humo y de llamas, en un momento tomó cuerpo el incendio y con la luz que daba, percibieron los buscadores un bulto que les alumbró las llamas, internándose acelerado en los matorrales de la entrada del bosque vecino, por lo que, no dudando de que sería el prófugo, le hicieron una descarga cerrada, y aunque registraron el sitio en que lo vieron no pudieron hallar nada y se volvieron muy desconsolados á apagar el incendio, que únicamente se había establecido en aquel calabozo donde la mujer pereció sin que ninguno hubiera acudido á favorecerla; al otro día siguieron sus pesquisas, y hasta los cuatro se encontraron en una gruta cavernosa al cuerpo mutilado por los animales, del infeliz prófugo, que tenía una pierna atravesada por una bala.

«Jamás deja la Justicia Divina impune ningún delito, á ninguno de los dos le surtió efecto su plan de fuga, era fuerza que pagaran su crimen de envenenamiento que hacía más de catorce años que ambos perpetraron de la manera más infame. El expresado criminal se llamaba fulano de tal, y su cómplice, Rufina de... Casos como éste son lamentables porque pugnan

con la sana moral, carácter y buenas costumbres de la sociedad.»

— Desde el instante que aquel caballero comenzó la lectura de aquel párrafo, cierto presentimiento me hizo procurar llamarle la atención á mi esposa y luego traté de que nos fuéramos al teatro pues comenzaban á dar las ocho, pero, ella se empeñó en escuchar, y me lo suplicó de una manera tan tierna que á mi pesar tuve que atender á lo que leían, conforme fué internándose en el pormenor, ella fué palideciendo, y al escuchar los nombres de aquellos infelices que tuvieron tan desastrosado fin, se le encendió el rostro violentamente, abandonó la cucharita que iba á llevar á la boca y sólo pudo decirme con balbuciente voz: — ¡Jesús, Pepe! me ahogo, me a...ho...go, y se dejó caer sobre la mesa lastimándose la frente con el filo del vaso, que con todo y platito hizo pedazos. Me paré presuroso á enderezarle la cabeza, restañando la sangre con mi pañito; los vecinos de la otra mesa acudieron en mi auxilio, uno se fué para la cantina, y otro empezó á gritar en el salón: — ¡Un médico! ¡un médico! Entonces otro le habló á un señor que estaba en el extremo opuesto jugando al ajedrez, diciéndole: — Aquí de su ciencia, doctor, venga vd. luego. — ¿Qué acontece? respondió acercándose á nosotros. — Un accidente que le ha cogido á mi esposa, le respondí, sírvase vd. atendérmela. La arriamos á la pared, y me dijo: — Desábróchele vd. el vestido poco á poco, quitele vd. su capa, le daremos aire. La pulsó, hizo varias observaciones, y con solo el pañuelo mojado continuamente en agua, estancó la sangre de la frente; en esto, volvió el que corrió primero para la cantina con un pomito de álcali, tratando de acercárselo á las narices.

— ¿Qué va vd. á hacer? preguntó el facultativo, recogiendo el pomito, y luego exclamó: Esto la mataría; dejémosla que solita vaya volviendo. Poniéndole una mano sobre el corazón y luego el oído, dijo: — ¡Esto es irremediable! — ¿Cómo, caballero? ¿pues qué tiene? — Amigo mío, está la hipertrofia muy avanzada, esta señorita ha de haber padecido mucho en su espíritu, ponga vd. aquí su oído. Así lo hice y percibí como el ruido que causa un chorro de agua, cuando sale á borbotones, tenía el pecho muy abultado y unos latidos muy fuertes y continuados.

— ¿Pero, señor, volví á preguntarle, ¿qué de veras es su mal incurable? desengáneme por su vida, ¿hábleme con toda franqueza? — No tiene remedio, señor mío, confórmese vd. con su desgracia, procure vd. que ella ignore su mal, distráigala lo posible y evite á toda costa, que tenga sensaciones violentas, fuertes impresiones, y sobre todo, cualquier pesar, pues como puede padecer mucho y vivir poco á poco consumiéndose, también puede en un instante sucumbir; yo le podré aplicar algunas medicinas que entretengan el rápido progreso de la enfermedad, pero nunca se conseguirá extinguirla, caballero, esta es la verdad. Si mi sentencia de muerte me hubiera aquel hombre ingenuo fulminado, no me hubiera causado tan grande pesar; como al escuchar lo que me acababa de decir, un sudor frío comenzó á humedecer mi frente, el corazón se me comprimíó y sólo pude decir mirando sus palpitaciones y angélico semblante que por grados se iba descolorando: ¡Sea por Dios! soy el hombre más desgraciado de la tierra, y sin poderlas contener se me salieron las lágrimas delante de aquellos caballeros que prudentemente se compadecieron de mí; el facultativo me hizo seña de que disimulara; exhalando Clarita un comprimido y dificultoso suspiro, enderezó la cabeza y poniéndose las manos en los ojos exclamó: — ¡Jesús, Jesús! ¡qué cosa tan fea! yo creí que era el último instante de mi vida, gracias, ¡Dios mío! ¡gracias porque ya puedo respirar! no te aflijas, querido mío, ya pasó, me siento mejor. Y extendió un brazo para abrazarme. — ¿Qué accidente ha sido ése, señorita? le preguntó el médico. — No sabré, caballero, decirle á vd. cómo se llama ó de qué procede; con ésta ya van tres veces que me ataca, las dos primeras, fueron cuando era muy niña, á consecuencia de un gran susto, y de un profundo pesar, y desde entonces he padecido una especie de palpitación, que á veces me ataca hasta el respirar, como si el corazón quisiera salirse del pecho, ahora al ir escuchando la lectura de un caso, que por desgracia tiene relación con nosotros, al convencerme de que era el que yo me supuse, desde luego sentí un frío mortal que parecía que se me helaba la sangre, y de repente se convirtió en un fuego insoportable, creí que se me agolpaba la sangre á la cabeza, los oídos me zumbaban, se me oscureció la vista, el ansia me sofocaba

y embargados todos mis sentidos me resolví á morir, invocando á Dios interiormente. — Pues no tenga vd. cuidado, señorita, eso no es grave, y... — ¿Cómo no ha de ser grave, señor? si siento cosas mortales, si esto se repite entiendo que sucumbo, no he de poder resistir otro ataque, completamente me aniquila, he quedado hecha pedazos, no tengo parte de mi cuerpo que no me duela y si ahora sólo ha parado en la rotura de la frente, quién sabe en otra vez el estado en que me coja; si vd., caballero, tiene conocimiento en la medicina, ¿dígame por el amor de Dios, cuál es mi mal, y si acaso puede remediarse, porque desde este instante no volveré á tener una hora de gusto? — Entonces el médico para consolarla y no descubrirle la verdad, le contestó con tono chancero: — Tranquílcese vd., señorita, ya le dije que no era cosa de cuidado, sino que los chiquillos son muy impertinentes, tienen unas maneras de anunciarse extraordinarias, seguramente es el primero que va vd. á tener, y como novicia, ignora lo mucho que padecen las pobres madres á quienes no cesamos de mortificar desde que nos conciben, conque deseche vd. todo pensamiento funesto, porque eso tal vez perjudicaría á los dos, sino todo lo contrario, ánimo, resolución, y váyase previniendo para darle sus manacitos por malcriado.

Ella se sonrojó, por tan inesperada ocurrencia, y como efectivamente ya tenía cosa de tres meses de estar grávida, con facilidad creyó que esa era la principal causa de su mal, y más tranquila siguió para lo sucesivo con distintos cuidados de poca monta, pero yo que sabía su verdadero estado tenía que hacerme y aun me hago mucha violencia, para no darle á conocer el gravísimo pesar que me atormenta; en vano he procurado consultar á cuantos hombres acreditados en la ciencia médica he podido, se le han aplicado cuantos remedios han mandado, con el pretexto de que su mal estaba en el hígado, el pecho, el pulmón, etc.; no se ha conseguido nada, cada día se me ha ido extenuando y poco á poco va caminando á su término; su parto no dejó de ser dificultoso, la crianza de mi hijo Enrique, también la aniquiló y la muerte de mi padre acabó de rematarla; en cuanto á los intereses, apenas se hizo pública la desgracia del infortunado amo, cuando comenzaron á

presentarse acreedores y el resultado fué que eran más las deudas de la testamentaria que sus haberes, hice cesión de bienes, se formó un concurso y habiendo comprado con mi dinero el rancho de San Vicente en jurisdicción de San Felipe, me establecí en él con mi padre y mi esposa; pero como aquellas atenciones son cortas me resolví á continuar en el comercio de la rama, pues aún conservaba mis mulas.

Desde la ocurrencia aquella en que Clarita fingía tener la tentación de que se la llevaba el Diablo y al ver que yo fui el que me la llevé, empezaron varios amigos míos en confianza á decirme Pepe el Diablo; se fué corrompiendo el apodo y vulgarizando, hasta que todos me nombran así; para ocultar en el ejercicio de la rama mi verdadero apelativo quise conservarlo, este fué su origen, ya sabes su procedencia, ya te referí en compendio la vida y milagros de este pobre Diablo, ya sabes la verdadera causa del tormento que padezco, de la continua tristeza que sufre mi corazón, cada vez que llego á mi casa, se me figura que ya me encuentro viudo, que ya sucumbió de su grave mal, al separarme también me parece que nos despedimos para siempre; ya conoce su enfermedad y con la mayor resignación procura en vano ocultarme su padecimiento; yo la amo con toda mi alma, es una inocente mártir, no tengo voces con que expresarte la pena tan grande que padezco al ver al ídolo de mi corazón irse agravando de día en día, consumiéndome sin que se pueda, no digo remediar su mal, sino siquiera que tuviera el consuelo de sentir algún alivio; esto por supuesto me tiene siempre lleno de cuidado, violento, en continuo sobresalto, y en la más profunda tristeza. Y sin poderse contener Pepe el Diablo, dió rienda suelta á las lágrimas que interrumpieron sus reflexiones.

— Siento sobre manera, hermano mio, tus pesares, le contestó Astucia, tomo parte en tu justa aflicción, y yo quisiera, si me fuera posible, mitigar tu padecer y el de tu ángel, digno por mil títulos de ser amado, de esa infeliz mujer víctima de las aspiraciones inicuas de dos miserables perversos; ya sabes, Pepe querido, que soy tu hermano, cuenta con cuanto tengo y cuanto valgo, tus angustiosas circunstancias son también mías en este instante, que se unan nuestros

corazones, se estrechen nuestros brazos, que se confundan nuestras lágrimas, y que desde hoy seamos el uno para el otro, de los dos uno. ¿Qué dices, Pepe, aceptas la sincera amistad y la eterna adhesión de este pobre Astucia?

— Con todo mi corazón, querido hermano, y apeándose de los caballos se abrazaron con la mayor sinceridad á tiempo que comenzaba á salir el sol; por lo que, volviendo la cara Lorenzo y mirándolo, dijo lleno de entusiasmo : — Astro luminoso, presencia nuestros votos, y primero deje de brillar tu hermosa luz y nos sepultemos todos en horriblas tinieblas, que nosotros dejemos de ser *el uno para el otro, y de los dos uno*. ¿Lo ratificas, Pepe?

— Sí, y agrego, que sólo la muerte podrá cortar nuestra amistad y mutua correspondencia. — Pues diremos ahora lo contrario del refrán del charro : Andando que ya el sol sale, marchemos. Volvieron á estrecharse fuertemente, y montando en sus caballos prosiguieron su camino.

CAPITULO XI

Informes. — D. Gaspar. — Chucho el Grillo. — Sentencia. — Ladrón que roba á ladrón. — Travesuras del Diablo. — Abraham de los Reyes.

Al llegar á una encrucijada, se fué Pepe para la izquierda y á un árbol de tejocote que tenía una rama desgajada é inclinada para un lado, se la puso en dirección para el otro opuesto, diciendo : — Este arbolito nos sirve de veleta : cuando está la rama para la izquierda, anuncia que deben coger los hatajos para el camino que llevamos, y cuando está para la derecha, como la acabo de poner, indica que sin recelo pueden tomar el camino de arriba que conduce al Rancho Viejo. Como que es preciso que te reconozcan por jefe, debo irte imponiendo de todo. En la barranca del Zopilote que pasamos cuando salió la luna, tenemos un espejo y su cardillo, es decir, un hombre situado en la cima que vigila el camino que viene del pueblo de San Isidoro, y de cuanto transeunte pasa que pueda infundir algún temor, da desde luego aviso al rancho con su compañero, que es el cardillo y con quien alterna en la vigilancia; en los días en que tenemos que transitar por aquí, tiene su vereda conocida por el mismo monte, en veinte minutos está transmitida la noticia en caso de que sea necesario, los telégrafos avanzados nos advierten el riesgo que pueda haber, por qué rumbo es, y de qué condición; de la barranca al rancho hay tres leguas, del rancho al puerto, que es el otro extremo del lindero, cosa de cuatro, y para el pueblo dos y media; en este último, tenemos espejo y telégrafo, en el Zopilote espejo y cardillo, en el puerto y rancho, espejo, telégrafo, y galgo. Hace más de un año que para tener paraderos seguros y un buen agostadero para nuestra mulada, arrendamos por siete

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO